

El soñador – Román García

Dormía tan poco el soñador que sus ojos se cubrían de un negro oscuro como si la noche quisieran ser. Ojeroso le llamaban sus amigos, inconsciente su familia, libertad su corazón.

A veces jugaba a ponerle nombre a las estrellas del firmamento y quedaba con sus amigas para jugar a las manualidades nocturnas. Injería e injería y su panza se hinchaba como si del globo de un niño se tratase.

Cuando sentía la escarcha de la madrugada buscaba cobijo y diversión en los brazos de lujuria y esta le lamia todo el cuerpo dulce y fresco impregnado en whisky. Él por su parte sonreía y creía estar viendo el túnel del fin del mundo ante sus ojos, por lo que solo podía hacer una cosa: chuparlo hasta desgastarse y hacer sangrar sus labios. En ese preciso instante era cuando libertad aparecía entrando en escena y la risa de la hiena sonaba de fondo en su cabeza. Él se detenía un segundo en su quehacer y pensaba que no podía ser más feliz. Qué buena era su dicha.

A las pocas horas el manto del sol le arropaba y mecía en sus brazos para que comenzara su rutina. El día había llegado y la muerte había hecho su entrada en escena con él. Parecía uno más entre tanta gente con su trabajo y sus hábitos. Lentamente deambulaba por el mundo con sus ojeras negruzcas y su delgadez insana hasta que llegaba de nuevo su nocturna compañera. Solía salir de la ducha calzándose su traje de superhéroe, mirándose orgulloso al espejo. Sus ojeras cada día tenían peor pinta pero su corazón seguía vivo.

Un día más amigo; un día más.

Para los insomnes.